

En esto vino el estruendo final de la chispeante función de fuegos artificiales. Don Estanislao Figueras, enojado por la frialdad de Pí Margall en una entrevista que ambos tuvieron, cogió el tren sin decir nada á nadie, y de un tirón se plantó en Francia. Inaudito suceso, caso de flagrante deserción que nadie pudo explicar en aquellos días. ¿Qué motivó esta fuga? ¿El hastío, el miedo, la convicción de la vacuidad bullanguera de las Constituyentes? De todo hubo un poco; pero ninguna de estas razones pudo absolver al Presidente de su insana conducta. ¡Qué chasco nos dió, á cuantos verdaderamente le amábamos, aquel hombre tan entendido, ingenioso y simpático! Fué orador insigne, y en su carácter la vivacidad y exquisito trato llenaban el espacio que dejaba vacío la falta de entereza. Doy á este breve juicio un sentido necrológico, porque aquel día murió políticamente don Estanislao Figueras.

Hasta pasadas veinticuatro horas no se tuvo noticia cierta de la fuga del que había sido figura eminente de la primera República española. La estupenda nueva partió del Banco Azul; corrió los escaños con hondo murmullo; subió á las tribunas; propagóse con eléctrica velocidad por todo el edificio. Del estuor que sentí ante suceso tan grave, que era el mayor descrédito de la Causa, me puse malo. Al despedirme de mis amigos en la Tribuna de la Prensa, no podía tenerme en pie. Salí tambaleándome, y al llegar á la escalera, asaltó mi alma un horroroso pánico

creyendo que se desplomaba el edificio. Furibundos golpes, como de grandes peñas que hirieran los peldaños, me recordaron la sugestión morbosa que padecí una noche transitando por la calle del Arenal y Puerta del Sol. Eran los pasos de una gigantesca figura invisible... Creí que la escalera se convertía en astillas. A mi parecer bajé rodando, á gatas, ó no sé cómo... Pensé que el aire de la calle me despejaría la cabeza; pero no fué así.

En Floridablanca, Plaza de las Cortes y calle del Prado, el tremendo andar del sér misterioso hacía trepidar el suelo. Inclinábanse las paredes de las casas, como haciendo cortesías. Guiado por los pasos del fantasma entré en la calle del León. La terrible quimera, que no impresionaba mi vista sino mi oído, se desvaneció cuando me aproximé á la Academia de la Historia... Recobrada mi normalidad, se me ocurrió meterme en la portería de la docta casa y preguntar por *doña Mariana*. Los porteros, asombrados de mi pregunta, no me dieron razón.

IX

Sin salir de casa en tres días, enfermo del ánimo más que del cuerpo, supe que el Capitán General de Madrid señor Socías, al tener noticia de la huida de Figueras, ordenó á varios Generales y Brigadieres amigos suyos que se pusieran al frente de las fuerzas

de la guarnición, sin excluir á la Guardia Civil. Pero en tanto, Estévanez ofició á la Benemérita ordenándole que fusilara á los que intentasen arrastrarla á un pronunciamiento. Echáronse á la calle los Voluntarios de la República; prodújose la consiguiente aglomeración de pueblo junto al Congreso y las tan acreditadas aclamaciones al federalismo.

Las Cortes, reunidas en sesión secreta, acordaron nombrar nuevo Gobierno por directa elección de cada uno de los Ministros, conforme al sistema de los Intransigentes. Y entonces ocurrió uno de los hechos más singulares de aquellos singularísimos tiempos. La Guardia Civil, que se había declarado sostén de las Cortes Constituyentes, desplegó su fuerza frente al cuartel de la calle de Serrano, y sin meterse á designar personas exigió la inmediata formación del Ministerio. Muchos republicanos de primera fila negáronse á admitir carterá bajo esta presión humillante. Al fin, quitando y poniendo nombres, el laborioso parto dió al mundo la lista del nuevo Gabinete: Presidencia y Gobernación, Pi Margall; Guerra, Estévanez; Ultramar, Sorní; Estado, Muro; Marina, Anrich; Gracia y Justicia, Fernando González; Hacienda, Ladico; Fomento, Benot.

Aparto mi atención de estas cosas y casos, de notoria insignificancia en la vida general de la humanidad, para fijarla en los sucesos que personalmente me incumben, y que considero de suma transcendencia en la pura región del espíritu. Introducida solemnemente

por Ido del Sagrario, se presentó una mañana en mi *despacho presidencial* Celestina Tirado, á quien mi Chambelán debió de tomar por dama de alcurnia según las zalemas que le hizo al traerla á mi presencia. Venía la buena mujer con rostro alegre á darme las gracias por la colocación de su yerno Pepito Verdugo. Pasmada de la prontitud con que el Ministro accedió á mi petición, no sabía cómo alabarme y enaltecer mi augusto poderío. Estrechóme las manos efusivamente, y se sentó en el destartalado sofá, cuyos muelles rotos herían las nalgas de todo visitante que cayera sobre ellos.

Después de los saludos y plácemes recíprocos le pregunté por don Hilario, del cual me dijo que su vejez era una infancia locuaz y juguetona. A ratos se entretenía con los chirimbolos de su investidura episcopal, báculo, pectoral y anillo. En sus accesos de presunción, se encasquetaba la mitra y salía por los pasillos echando bendiciones á fantásticas muchedumbres piadosas. Cansado de este trajín, permanecía largo rato sentadito en su sillón cantando antifonas, mientras con sus dedos reumáticos intentaba tocar castañuelas. Lamentábame yo de esta dolorosa crisis de senectud que desvirtuaba la personalidad de tan grave sujeto, cuando Celestina, no sin cierta cortedad y muequecillas equivalentes al exordio de una cuestión delicada, me habló de esta manera. Atención, amigos, que ello es grave:

«Yo quisiera, señor don Tito, demostrarle

á usted mi agradecimiento con algún favor tan grande como el que usted me ha hecho. Aunque hace tiempo dejé aquel oficio mío, mal mirado de la gente y como quien dice vergonzoso, de higos á brevas lo ejerzo todavía, cuando se trata de personas de circunstancias á quienes estimo de veras. Ya sé que desde primeros de año no tiene usted mujer, y sin el pasatiempo y halago de mujer, está usted desconsolado, aburrido y...

—Así es, Celestina—le dije sin ocultar mi desabrimiento.—Desde que se me fué Obdulia vivo en tristeza deprimente, sin arrestos para nada. Mi soledad es la causa de esta hipocondría que no tiene más consuelo que el vagar nocturno por las calles. Las alucinaciones terribles que trastornan mi cerebro, provienen de la suspensión indefinida del trato amoroso. El amor es la vida, el amor es la luz, la savia de la existencia. De modo que si usted viene á proponerme una mujercita de buenas condiciones...

—No es mujer ni mujercita—declaró Celestina en tono triunfal;—es una dama.»

Al oír dama miré á la corredora de amoríos silencioso, suspenso y turulado... En la confusión de mi mente se destacó la idea de que me ofrecía Celestina un arreglo desigual, inaceptable. No se avenía con mis cortos posibles el disfrute de una señora encopetada por su alcurnia ó por su riqueza. A esto contestó la sutil zurcidora que había dicho dama, no precisamente por la posición ó el rango que hoy tenía la tal, sino por su naci-

miento que era muy alto, y así lo declaraban su noble facha y rostro. Luego añadió que yo encubría mi condición verdadera, haciéndome el modestito y alojándome en una casa de huéspedes de cuarta clase. No me valían tapujos. Mi buena mano para sacar destinos era señal de mi gran poder. «Y en todo caso—agregó la Tirado, mudando de postura en el sofá por el daño que le hacían los malditos muelles,—cuando le dan la breva no pida la berza. Si la señora que le digo se conforma con usted tal como es, ¿á qué viene el ponerle peros? Es como aquel que dijo: doyte el gazapo y pides el sapo.

—Pero vamos á cuentas, Celestina—indiqué yo, dejándome querer.—Esa señora ¿se conforma conmigo tal como soy? Si es así, sin duda me conoce, sabe que...

—Naturalmente, le conoce de vista... Le conoce por la fama de sus buenas partes, de su talento, de su poder. Para mí que se trae alguna pretensión que sólo usted puede conseguir de esos padrotes federales.

—Entendámonos. ¿Se trata de que yo dé mi apoyo á un favor político difícil de lograr, ó se trata de un pacto amoroso como los muchos que usted ha negociado felizmente en su larga profesión, que yo no califico de vergonzosa, sino de muy necesaria en la República, como dijo Cervantes?

—De ambas cosas hablo, como que van metiditas la una en la otra. Sé lo que digo. Soy muy ducha, muy corrida en lo tocante al ayuntar las voluntades de hombre y mujer.

—¡Pues aquí está el hombre; aquí está el corazón enamorado!—exclamé yo entregándome al sugestivo juego de la tratante en líos.—Vengan pormenores. Veniga el nombre de esa señora.

—¿El nombre?... No debo decírselo todavía. A su tiempo lo sabrá; no vaya usted tan aprisa.

—¿Es bonita?

—¿Bonita?... ja, ja... Con esa palabra no se puede pintar su hermosura. La pinto yo diciéndo que es lo mismito que una diosa.

—¿Es alta?

—Lo bastante talluda para no ser baja... Ni delgada ni gruesa. Ojos como luceros, facciones perfectas, boca tan linda cuando calla como cuando habla; blancura que deslumbra; pechos, manos y pies en proporción. Todo es proporción en esa criatura, y por esa igualdad en todas sus partes, incluso en las que tocan al alma, digo que es mujer única... No hay otra como ella.»

Oído esto, estalló dentro de mí un súbito incendio, pasión fulminante que me hizo saltar de la silla, y plantándome frente á Celestina, con altas voces y dramático gesto, le dije: «¿Es que ha venido usted á volverme loco, Celestina, ó me toma por un visionario capaz de creer esas patrañas de mujeres diosas y criaturas perfectas?»

Levantóse risueña la *proxenetes*, llevándose la mano á la parte lastimada por los rotos muelles del sofá, y me contestó con estas graves razones: «No he venido á volverle

loco, señor don Tito, sino á proponerle la felicidad. Por hoy no le digo más; esto ha sido poner los primeros puntos al negocio... Déjeme ir. Hago falta en casa, donde he dejado solo á mi obispito. Tenga-paciencia. Otro día seguiremos tratando.»

Se fué la pícara con paso ligero. Cuando la vi desaparecer, agarré violentamente á Ido por un brazo y le dije: «Esa mujer que sale de casa, ¿es en realidad de verdad Celestina Tirado, ó una visión, un engaño de mis ojos?»

—Esa pájara deshonesta—me contestó con hueca voz mi patrón—es una tal que hace años vivía del comercio de reses femeninas. La conocí siendo manceba de un amigo mío, don Pedro Polo, cura y maestro de párvulos.»

Me encerré en mi cuarto, y largo rato estuve dando vueltas en él como una fiera enjaulada. Hallábame en plena rotación cerebral, atormentado por los singulares fenómenos psíquicos que me rodeaban. ¿Cómo explicarme el hecho de que acudieran á mí sin fin de pretendientes, creyéndome poseedor de influencia omnímota? Y si esto no tenía sentido común, ¿qué debía yo pensar del loco altruismo con que yo me brindaba graciosamente á sostener y apoyar tales pretensiones? Pues luego venia lo más inaudito, lo verdaderamente milagroso, y era que todos los postulantes obtenían lo que solicitaban, resultando que mi supuesto influjo y poder eran en la realidad verdaderos, sin que

yo hiciera gestión alguna ni de ello me cuidara. Cuantos confiaron ciegamente en mi soñado favoritismo fueron después á darme las gracias. ¿Qué significaba esto, Señor? ¿Era yo, sin saberlo, un genio benéfico, ó actuaba por mí la mano de algún numen recóndito? Y de aquella mujer cuya belleza igualaba á la de las diosas ¿qué debía yo pensar? ¿Y cómo siendo perfecta de cuerpo y alma solicitaba por tan baja tercería mi valimiento y mi amor?

El giro mental de estas ideas en mi caldeo cacumen fué decreciendo en velocidad á medida que se gastaba el inicial impulso que le dió movimiento. Al parar de la rueda invadió mi sér una fría calma que me trajo todos los resortes de la lógica, y arrojándome en mi lecho razoné de esta suerte mi estado anímico: «En este mundo, que no sé qué mundo es, vivimos rodeados de espíritus benéficos ó maléficos que dirigen nuestros actos, estimulan nuestras pasiones, y vienen á ser como una proyección sobrenatural de nosotros mismos. A las veces, no nos dejan hacer lo que queremos; á las veces, hacen ellos lo que nosotros deseamos. Ellos son nosotros, y lo que llamamos nuestro yo es el yo infinito de todos y de cada uno de ellos... Esta es la fija, Tito, y mientras las cosas vengan por el lado benigno y placentero, déjate llevar.» Puse término á tales meditaciones afirmando que era imposible distinguir mi conciencia de la conciencia universal.

Meciéndome en el columpio de estas ondulantes filosofías, empalmé las horas del 11 con las del 12 de Junio, hasta que me sacó de mi éxtasis un recado de Nicolás Estévanez, que habiendo cambiado el bastón de Gobernador Civil por la cartera de Guerra, me llamaba al Palacio de Buenavista. Por ocupaciones perentorias en mi oficina de Gobernación tardé dos días en visitar á mi grande amigo. Cuando fuí á verle, advertí desde que nos saludamos que en el nuevo y peliagudo cargo no habia perdido el hombre su simpática jovialidad, contenida siempre dentro de la discreción y el buen gusto. Después de reiterarle mis felicitaciones, díjele que todos esperábamos grandes cosas de su iniciativa en Guerra, y él me contestó con buena sombra: «¡Pero hijo mío, si he venido precisamente á no hacer nada! Así me lo dijo Castelar cuando quisieron traerme á este beaterio. Bastante trabajo será defenderme de los enemigos que me han salido desde que vine á Guerra. El General Socías, que nos ha querido obsequiar con un golpecito de Estado, anda celoso porque no le dieron esta cartera, que según dice le corresponde.

—De don Fernando Pierrad, Subsecretario y Ministro interino, se dijo que no le daría á usted posesión como no se la pidiese á tiros.

—No hay tal. Enteramente solo vine á tomar posesión, y Pierrad me hizo entrega del cargo de una manera correctísima. Se miente mucho. El público apetece el folletín histórico. Quiere sangre, jarana, duelos, mo-

tines, y nosotros tratamos de ir escapando sin darle nada de eso. Nuestra República, recién nacida y un poquito enclenque por haber venido al mundo antes de tiempo con auxilio de comadrones inexpertos, requiere cuidados exquisitos. Resulta que la Madre España no puede darle la teta; su leche es escasa y mala. ¿Le daremos biberón? ¿Podrá ser amamantada por una loba como Rómulo y Remo? Yo, si me dejaran, iría á los desiertos de Africa en busca de una buena leona tetuda, rolliza y feroz, que nos criase á la Niña... Pero no están los tiempos para bromas, Tito, y aunque aquí no debo hacer nada, me paso el día firmando...»

Entró el Coronel Carrafa, Subsecretario, amigo íntimo del Ministro; entraron otros jefes cargados de papeles, y yo me arrimé á los cristales de un balcón y me distraje mirando los árboles del parque. Ya comprenderéis que desde mi entrevista con la Tirado, mi pensamiento se escapaba á cada instante en persecución de la imagen de aquella hembra misteriosa, que me pedía protección ofreciéndome sus divinos pedazos. Ante los amenos jardines, y el trozo de caserío, y el grande espacio de cielo que veía desde el balcón de Buenavista, hice á Celestina Tirado esta ardorosa pregunta: «¿Pero cuándo he de saber el nombre y condición de esa diosa?» Y algo más pregunté á la maldita corredora: «¿Es casada, es viuda ó soltera?»

La Celestina con quien yo hablaba era una nube, cuyos bordes reproducían el perfil aquí-

lino de la Tirado. Naturalmente, la nube no me contestó, y continuaba fija sobre la torre y veleta del palacio de Alcañices. Terminado el despacho, me dijo el Ministro que en el Gobierno Civil había dejado firmada la credencial para Serafín de San José, añadiendo que su mayor gusto era complacerme en todo, pues me tenía por uno de sus amigos más leales...

No necesito indicar que salí muy satisfecho de la visita... Aquella noche y al día siguiente, en el café, en la calle y en algún sitio de recreo, no cesé de recibir expresiones de gratitud y ofertas de recompensar mi favor con cuantos servicios pudieran prestarme los agradecidos. *Sebo*, Alberique y otros muchos, paisanos, militares, curas y aun diputados del montón, excitaron en mí de una manera loca lo que don Basilio llamaba *el fanatismo del yo*... Al retirarme á casa, ya muy tarde, sentí en mi alma el retroceso del entusiasmo vanidosillo creado por éxitos tan fabulosos: «Guarda, Tito—me dije,—y no te deslumbres hasta ver en qué para esto.»

Cavilando á toda hora en los manejos de aquellos vagorosos espíritus que me favorecían con su amistad, pasé lo restante del mes de Junio, entre San Antonio y San Pedro. No fueron para mí muy divertidos aquellos días, los mayores del año y los que más inducen al placer de vivir. Mientras mis convecinos reían, yo rabiaba. Cuantas veces intenté obtener de Celestina concretas noticias de la dama que conmigo quería entenderse, quedé

defraudado. A mi anhelo de saber el nombre de mi bella incógnita no quiso dar satisfacción, alegando razones que más bien eran ridículos pretextos. ¡Por la cornamenta de Luzbel, ya me estaba cargando la mensajera de amores! ¿Se divertía conmigo mostrándome una piedra preciosa y apartándola de mi mano cuando yo quería cogerla?

De estas ansias mías, entremezcladas con lentas horas de tedio, me consolaba asistiendo á las sesiones de Cortes, más que por gusto mío, por ayudar á unos buenos muchachos que hacían el extracto y crónicas parlamentarias para varios periódicos. Presencié la embestida que dió el General Socías á mi amigo Estévanez; si destemplado estuvo el General, el Ministro hizo alarde de una moderación que algunos creyeron excesiva. Oí religiosamente y extracté el discurso de Pí exponiendo el programa de su Gobierno. La síntesis era ésta: no podían de ningún modo emprenderse las reformas económicas mientras no estuviera hecha la Constitución Federal á que había de ajustarse el nuevo Presupuesto; las políticas de más trascendencia serían consignadas en la Constitución; mas era necesario i. derechos á separar la Iglesia del Estado, establecer la enseñanza gratuita y obligatoria, reorganizar el régimen colonial y abolir la esclavitud en Cuba. Respecto á cuestiones sociales afirmó la necesidad de implantar las mejoras ya realizadas en otros países, y las que fueran necesarias para proteger á las mujeres, regular el trabajo de los niños y vender

los bienes nacionales en beneficio de los proletarios.

No fué del agrado de los Intransigentes esta última parte del discurso de Pí, y el Marqués de Albaida no se mordió la lengua para mostrar su enojo, añadiendo que ya desconfiaba de las Constituyentes y que se iba á su casa. Por segunda ó tercera vez le oí su familiar alegación contra el cuarto del cartero, el estanco del tabaco, la Lotería, los Aranceles judiciales y los Consumos... Las Cortes eligieron Presidente á Salmerón. No estaba yo aquel día para discursos, y antes de que acabara el suyo don Nicolás, salí pitando hacia la calle de San Leonardo, con el alevoso pensamiento de estrangular á Celestina si no me decía... ¡Y con qué mala pata llegué, Señor!...

El pobrecito don Hilario estaba gravemente enfermo... Entré; le vi en su lecho, con dos curas por cada lado, que sin duda le hablaban de la deliciosa eternidad que en el Cielo se le tenía dispuesta... Aprovechando un momento propicio, saqué á Celestina al pasillo y le dije: «Estoy en ascuas. Vengo á que me diga usted de una vez...

—¡Por la gloria de este santo varón, señor don Tito!—replicó con acento lacrimoso.—¿Le parece que estoy yo ahora para tratar de cosas tan mundanas, tocantes al deleite, como quien dice?

—Una palabra no más, Celestina. ¿Es casada, viuda ó soltera?

—¡Dale con el melindre, dale con que si le sobra ó le falta! De esta boca pecadora no

quiere salirme la respuesta, porque tengo el pensamiento en Dios y en el alma de ese venturado que ya quiere subir á la Gloria... ¡Ay, Gloria, para mí te deseot... Hoy le traeremos á Su Divina Majestad, y en esta hora *solene* no está una para que le hablen de pecados ni de...» No acabó la frase. Llamada con fuerte voz por uno de los clérigos, corrió á la estancia... Comprendiendo la inoportunidad de mi visita, presuroso cogí la calle.

Las sesiones parlamentarias me proporcionaron en días sucesivos no pocos ratos de interés. Los Intransigentes armaban grescas cada martes y cada lunes. Una tarde leyó el diputado Bernardo García un pasquín ó cartelón que los federales del bronce habían fijado en las puertas de los Clubs y en muchas esquinas. El cartel decía «Pueblo soberano: la República peligrá. Los diputados de las Constituyentes no tienen valor cívico ni abnegación patriótica para salvar á España. Si hoy mismo no se forma un Gobierno valiente ¡salva tú á la Patria, Pueblo Soberano.» Protestas, apóstrofes duros y espantable chillería.

Días adelante, después de diferentes controversias enconadísimas, de un gran discurso de Pí planteando á las Cortes la cuestión de confianza, de otro discurso de Castelar, de un conato de crisis, y de veinte mil desazones y trapatiestas, los diputados Armentia, Echevarría, Olave, Taillet y otros que no recuerdo, se subieron á las barbas de don Francisco Pí, proponiendo á las Cortes que se de-

clarasen en *Convención Nacional*, y eligieran de su seno un *Comité de Salud Pública*. Esta proposición fué desechada, y los Intransigentes presentaron luego otra y otras.

Hastiado de tanto delirar, me volví á lo mío, y lo mío fué que según informes que tuve la víspera de San Pedro, don Hilario no se murió del grave arrechucho que parecía definitivo pasaporte para recibir el premio de sus virtudes y de sus facultades procreadoras... Acudí allá, y me le encontré sentadito en su cama, risueño, vividor, jugando con dos gatines muy monos... Corrí á la cocina, donde estaba el ama de gobierno machacando en el almirez. Llegar á su lado y espetarle mis preguntas, fué obra de segundos. Y ella, machaca que machaca, me dijo con retintín: «Sí, sí; contenta tiene usted á la señora.»

X

Mi perplejidad al oír la frase de Celestina duró segundos no más. Luego la emprendí con ella en esta forma: «¿Qué es eso, se burla usted de mí? Pues sepa que no lo aguanto. Andese con cuidado, que tengo mal genio.

—¡En buena ocasión viene usted con sus rabietas!—me dijo secamente, poniéndose en jarras.—¿Le parece al don Fuguilla que está una para incomodarse y para reñir en un día como éste? Sepa el cascarrabias que hoy,

para celebrar la mejoría de mi santo señor, he ido á confesar y he tomado la comunión. Con que pocas bromas, amigo. No se me hable hoy de nada que me encienda la cólera, ni de nada que tenga olor de pecados. Ya, cuando le vi entrar, cometí sin pensarlo un pecadillo de habladuría al soltar el chisme de que la señora... tal y qué sé yo...

—Me dió usted á entender que estaba descontenta de mí.

—Pues con toda mi alma en la boca y con toda la limpieza que hoy, gracias á Dios, llevo en mi conciencia, le digo al pequeño don Tito que la señora tiene ya noticia de sus trapicheos con María de la Cabeza, la Felipa, la Lucrecia, la de Durango, esta otra que vende cajas de muertos, la Obdulia, y eche usted *céteras y céteras*... En todo esto no ve la señora más que el melindre de usted y su fuego natural. Por lo que no pasa es porque sea usted, como le han dicho, un hombre de creencias *ateístas*, ó verbigracia, anticatólicas. Si quiere usted agradar á la señora váyase á misa todos los días, que ella lo sabrá, sin que nadie se lo cuente, por los duendes angélicos...»

Me entró tal arrebató que agarré la tabla de picar carne, y á punto estuve de estampársela en la cabeza... Afortunadamente me contuve á tiempo. Valía más tomarlo á risa; tales desatinos no merecían mi cólera.

«Hoy no está usted en sus cabales, Celestina—le dije.—La santidad, tomada en ciertos días á grandes tragos, como hace usted,

suele subirse á la cabeza. Me voy, no sin advertirle que como siga usted burlándose de mí ya le ajustaré las cuentas.» Desde la cocina á la puerta saludé á dos curas que entraban, y oí la voz cascada de don Hilario cantando *Alleluia, alleluia*...

De este arrechucho me alivió el desastre del Ministerio, que fué como si cayera de manos de un niño la caja de juguetes de barro, rodando por el suelo las figuras desportilladas. No me causaba pena Estévanez, pues bien conocía yo sus ganas de soltar la carga, ni José Fernando González, hombre de gran mérito que habría hecho mucho si le dejaran mimbres y tiempo; sentí la catástrofe por el insignificante, honrado y candoroso Ladico, que pasó por Hacienda sin pena ni gloria. A ese buen señor, por cuatro palabras que dijo una tarde en el banco azul, le arreé un desmesurado bombo en las Crónicas que yo hacía para no sé qué periódico. Quedó el hombre tan agradecido, que me buscó en los pasillos de la Cámara, hizo que me presentaran á él, y me dió las gracias con extremadas demostraciones de amistad. No es necesario decir que despachó favorablemente todas las recomendaciones que mis espíritus familiares le hacían en nombre mío...

Del origen de su candidatura para Ministro se contaron cosas chuscas. Vagaba el hombre, solitario, por el Salón de Conferencias, acordándose de su patria lejana (Mahón) y de su establecimiento comercial,

cuando llegó un amigo y le soltó esta bomba: «Ladico; acaban de elegirle á usted para la Cartera de Hacienda.» Por de pronto no dió crédito á lo que oía; mas cuando se persuadió de que era cierto, la sorpresa le tuvo suspenso y mudo largo rato... Su primer cuidado fué poner un telegrama á su esposa, y al día siguiente, un mallorquín amigo de la familia recibió otro despacho concebido en estos términos: «Estoy en una ansiedad muy grande. Dígame si mi marido se ha vuelto loco. Me asegura que le han hecho Ministro de Hacienda.» Era don Teodoro Ladico un buen hombre, sencillo y modesto; entendía de negocios, y manejaba los libros de contabilidad como experto comerciante.

La salida de Benot fué ciertamente lamentable. Varón recto y de poderosas iniciativas, de seguir en Fomento hubiera hecho mucho más que las Leyes regularizando el trabajo de las mujeres y los niños, y la creación del Instituto Geográfico y Estadístico... Ved ahora la lista de las nuevas figuras con que Pí y Margall sustituyó á las que habían rodado por el suelo: Maisonave, Estado; Gil Berges, Gracia y Justicia; General González, Guerra; Pérez Costales, Fomento; Carvajal, Hacienda; Súnier y Capdevila, Ultramar. El único que quedó del Gobierno anterior fué Anrich, Ministro de Marina, el cual, poco después, tuvo á bien pasarse á los carlistas. El programa de Pí y Margall, al presentar á las Cortes el nuevo Gabinete, se condensaba en estas dos palabras: Orden, Gobierno.

Aterrado por el crecimiento de la insurrección carlista, el Gobierno solicitó el asenso de las Cortes para tomar desde luego todas las medidas extraordinarias que exigiese la gravísima dolencia de la Nación. Sólo halló resistencias en el grupo de los Intransigentes, que ante la idea de ver suspendidas las garantías constitucionales, pusieron el grito en el cielo, acusando á Pí de atentar contra la Democracia y el principio Federal.

En las enconadas discusiones que con este motivo se produjeron, tuvo el Gobierno un brioso refuerzo con la súbita presencia en Madrid del diputado Antonio Orense, hijo del Marqués de Albaida. Se daba el caso extraordinario de que este noble anciano acaudillase el grupo más demagógico de la Cámara, y el hijo, mozo y muy baqueteado ya en la política y en la guerra, fuese uno de los gubernamentales más convencidos y discretos. En la guerra franco-prusiana batalló en la legión de garibaldinos. Ya proclamada la República en España, organizó un batallón para combatir á los carlistas, y en esta campaña tuvo ocasión de apreciar hechos mil de que eran responsables los Intransigentes por su conducta ante la indisciplina militar.

Fuerte con los datos que le dió la realidad por él observada, Antonio Orense refirió casos vergonzosos, y revolviéndose contra los federales fanáticos arrojó sobre ellos estas tremendas acusaciones: «La Patria se pierde; se pierde también la República. ¿Sabéis por qué? Porque habéis venido á demostrar que cuan-

do aquí reinaban los Borbones nadie se atrevió á levantar la cabeza, y todos eran siervos humildes, mientras ahora que se nos ha dado la República, todos se atreven á insurreccionarse. ¡Ya sé yo que si estuviéramos bajo el yugo oprobioso de las dominaciones Borbónicas, no tendríamos tantos héroes de barricada!»

Trinaron y tronaron los Intransigentes con agrias y roncadas voces; mas la filípica de Antonio Orense llevó la persuasión á todos los diputados, menos al padre del orador y á la partida de locos furiosos que le tenía por jefe y profeta. El que más alborotaba con la palabra y con el gesto era Casaldueño, diputado por Brihuega. Entre los más inteligentes debo señalar á Díaz Quintero y á Ramón Cala, ambos amigos míos. Tal vehemencia y furor empleaban en su acción parlamentaria, que los que no les conocían juzgábanles como hombres atrabiliarios y feroces, absolutamente intratables en sociedad. Nada menos cierto. Tanto Quintero como Cala eran fuera de la política caracteres de dulce trato, fáciles á la amistad, esquivos para todo lo que no fuera correcto y digno. Detrás de sus vociferaciones no lució nunca la menor chispa de ambición. Mantuviéronse incorruptibles en toda su vida política: ni por nada ni por nadie cedían un ápice de su intransigencia hurañá. De ellos decía Nicolás Estévez que eran los energúmenos más angelicales que había conocido.

En tanto, los Voluntarios de la República,

vistiendo de continuo innecesariamente el uniforme, se paseaban por Madrid arrastrando los sables, y sin que nadie los llamara se metían en el Congreso á pasar la tarde, como si aquello fuera un Casino. Por no sé qué inconveniencia del Gobernador civil don Juan Hidalgo se armó recia trapisonada en las Cortes. Vino luego la votación definitiva del Proyecto de Ley que el Gobierno creía indispensable para dominar la guerra carlista. Terminado el acto, pidió la palabra con solemnidad pontifical el Marqués de Albaida, y habló así: «Me levanto únicamente á decir que, visto lo que sanciona esta Cámara y la conducta del Gobierno, la minoría se retira de estos bancos.» Los diputados vieron con más jovialidad que indignación el éxodo aparatoso de treinta señores, precedidos por el honrado patriarca de la Intransigencia don José María Orense.

El mandadero de las *Servitas* de la calle de San Leonardo, Cástulo Verdugo, consuegro de Celestina, me trajo una mañana la noticia de que había muerto á media noche el santo varón don Hilario de la Peña... El pobrecito cura había pasado tranquilo la prima noche, acompañado de sus amigos los clérigos de la vecina parroquia. De pronto le entró comezón de risa, ganas de juego; pidió que le llevaran los gatitos, metidos dentro de su bonete. Luego le dió por llorar. Atribulada, Celestina le hizo el dúo, y los sacerdotes amigos rezaron quedito. Uno de ellos, don Mariano Medialdea, varón docto, perito en muertes,

anunció que su querido amigo llegaría dentro de pocos instantes á la presencia del Señor. En efecto, tranquila y dulce fué la agonía del cura venerado y amable que supo cumplir sus deberes, y si se excedió generosa y humanamente en el amor, no dió jamás entrada en su alma grande á ninguna clase de rencores.

Sin alteración intensa en la faz, risueña la boca, fatigoso el aliento, pronunciando retazos de locuciones infantiles y trunca das palabras de indescifrable sentido; haciendo caricias con inquietos dedos á las cabezas y patitas de los graciosos gatines, fué resbalando hacia la negra divisoria entre la vida terrena y la eternidad... Cuando le trajeron la Exremaunción, que recibió sin enterarse de ello, los buenos amigos sacerdotes juzgaron decoroso retirar de las manos del moribundo los mininos, que tanto en sus últimos días le divertieron y embelesaron... Momentos antes de expirar se vió que los dedos trémulos arañaban la sábana, requiriendo su juguete... Don Mariano Medialdea le acercó uno de los animalitos, y en la última vibración muscular de los dedos yertos de don Hilario quedó prendida la blanda oreja del micho travieso... Oyóse un leve mayido, y... *Requiescat.*

Como no podía ir al entierro porque en la oficina se nos había ordenado asistencia puntual, visité antes de las dos la casa mortuoria. En la biblioteca, convertida en capilla ardiente, yacía el difunto don Hilario vestido con lujosa ropa sacerdotal. Su rostro ex-

presaba el infinito sosiego del sueño de un hombre justo. Las llamas oscilantes de la doble hilera de hachones repartían su triste claridad entre el varón muerto y las innumerables personas que lo velaban. Conté como unas veinte mujeres enlutadas, luctuosas; algunas, jóvenes y bonitas, otras, adolescentes, casi niñas. Entre ellas vi, sentados ó de rodillas, unos cuantos hombres de cierta edad, y mocetones guapos, acompañados de algunos pequeñuelos.

Todo esto lo contemplé silencioso desde la puerta, pues no quise internarme en la biblioteca por no turbar el tranquilo dolor de aquella buena gente. Cerca y de espaldas á mí estaba una mujer que al ponerse en pie mostró un cuerpo esbeltísimo, perfecto, de una proporción exquisita... No pude ver más. La hermosa figura, cuyo rostro me era desconocido, avanzó internándose, y desapareció al otro lado de la cama imperial. En esto salió Celestina, lacrimosa, afilada la nariz y afiladas todas las facciones de tanto llorar. Retirándonos al pasillo hablamos un momento:

ELLA.—¡Qué desdicha, don Tito! Aunque hace días lo veíamos venir, yo no tengo consuelo. Créame usted, era un santo.

YO.—Un santo, sí. Ahora se aprecia todo el bien que hizo. La casa está llena de gente agradecida y piadosa.

ELLA.—Todos los que usted ve son familia del señor.

YO.—Ya está claro, Celestina. Por familia

se entiende los hijos y las hijas del patriarca que ha fenecido anoche.

ELLA.—No he dicho hijos mismamente... mas tampoco negaré que lo sean los más y las más que aquí se ven. Y, en fin, sea lo que fuere, yo vuelvo á decir que era y es un santo. Muchos de los que están en los altares no sirven para descalzarle el zapato.

Yo.—Estamos de acuerdo. Yo también digo que...

ELLA.—Basta ya, que no es ocasión de hablarías... Váyase á su Ministerio, y no falte al funeral, que será lucidísimo. Mañana habrá misas en San Marcos. Véngase.

Allá me fuí tempranito, no precisamente movido del deseo de sacar pronto del purgatorio el alma de don Hilario (pues si éste era un santo, los sufragios holgaban), sino más bien cediendo á la irresistible atracción de un interés profano. Entré en la parroquia. En diferentes capillas se celebraban oficios de difuntos. Reconocí los que me interesaban por la asistencia de algunas personas que había visto el anterior día en la casa mortuoria. No cesaba yo de atisbar las mujeres vestidas de negro, arrodilladas de espaldas á mí. La escasa luz del templo no favorecía mis investigaciones. Por fin, se aclaró el recinto. El sol vino en mi ayuda despejando el cielo y metiendo rayos de luz por los altos ventanales... Allí estaba: era ella, la figura estatuaria que vi en la cámara ardiente. No podía ser otra. Adquirí la certeza cuando se puso en pie terminadas las misas. Aguar-

dé ansioso la salida para poder verla de frente; pero tardó un rato, porque se puso á charlar con otra señora; luego se agregaron dos niñas y un monaguillo.

Cuando observé que el grupo parecía próximo á disolverse tomé posiciones, calculé distancias para coger al paso á la incógnita y aún no bien vista belleza... Llegó el momento. La ideal figura enlutada describió una suave curva para recorrer el camino desde la capilla á la puerta de la calle. ¡Ay de mí! Cuantas perfecciones había forjado mi fantasía pensando en ella, resultaron desvirtuadas por la realidad. ¡Qué asombro de mujer! Como dijo Celestina, el secreto de su extraordinaria belleza era la extraordinaria proporción.

Preso de un vértigo de galantería, de cariño, fuí andando junto á ella, y luego me adelanté algunos pasos para poder ofrecerle agua bendita. En este acto quise poner tanta finura como respeto, y me resultó la comunicación más espiritual y ultraterrena que yo pudiera soñar. Tomó ella el agua, y se cruzó la frente con la cabritilla negra que forraba sus dedos. No puedo asegurar que me miró. Con una ligera inclinación de cabeza dióme las gracias. Cuando abrió la puerta del cancel para que saliera, llevóse á la boca el devocionario, como queriendo ocultar una leve sonrisa con que se dignaba obsequiarme. Fué una chispa de luz caída del cielo á la tierra.

Salí tras ella y la seguí con ojos ávidos.

¡Qué talle, qué manos y pies! ¡Qué discretas anchuras donde la naturaleza, no el indumento, las ponía! ¡Qué cabeza, qué andares, qué aire de diosa!... Aceché su paso por la acera de enfrente, sospechando que volvería el rostro para mirarme. Me equivoqué... Al verla doblar la esquina de la calle de San Bernardino, metíme de nuevo en la iglesia. Todo mi anhelo era apoderarme de Celestina Tirado, que charlaba con el sacristán y unas viejas santurronas. Esperé un ratito... le eché la zarpa. Olvidado del respeto que á la santidad del lugar debía, la llevé aparte, y con toda la fogosidad de mi alma, le dije: «Ya la he visto. Tenía usted razón. No es mujer; es una diosa.

—Cállese la boca, don Tito—me contestó poniéndose máscara de humildad compungida.—Repárese que estamos en la iglesia. ¿Le parece á usted que es este sitio propio para hablar de diosas y embelecocos mundanos? Ya que no tiene devoción, tenga recato y respete mi conciencia... que hoy la llevé tapadita con crespones.

—Sólo una cosa le preguntaré, Celestina. ¿Es hija del difunto?

—¡Ay, ay! ¡Por Jesús vivo no me ruborice, no me hable de hijos, porque hablar de hijos es hablar de pecados! Hasta que pase el novenario, ni en mi pensamiento ni en mi boca hallará usted idea ni palabra que me recuerden aquel oficio... ¡Fuera de mí toda la tercería infame! Quiero ser buena. ¡Señor, déjame ser buena!...»

Creyendo que el aire de la calle dispararía sus escrúpulos la saqué de la iglesia, tirándola de un brazo... En la calle me dijo: «No sea terco... Repito que no sé si es hija ó no es hija.

—Las facciones de la dama reproducen las del padre... Lo he visto.

—¡Uy, uy! ¡Vaya con la sarta de pecados que este hombre mundano me quiere restregar en la conciencia!

—Dígame una sola cosa. ¿Dónde vive?

—¡Jesús; San José bendito! ¡Ya quiere ir...! No, no; nada sé. Mientras dure el novenario no me llamo Celestina, me llamo Andana. Déjeme en paz.»

Diciéndolo se metió en su casa, y apretó á correr portal adentro y escaleras arriba. Entré yo detrás de ella, y desde los primeros peldaños la despedí con desaforados gritos: «¡Farsante, hipócrita, corredora del Infierno! Lo que tú callas, Dios ó el diablo me lo dirán.»

XI

Desorientado anduve algunos días, sin que mis investigaciones me dieran la luz que deseaba. Envuelta en tinieblas permanecía la dama incógnita, pues ni el sacristán de San Marcos, ni las beatas de la parroquia, ni el mandadero de las *Servitas*, ni ningún bicho viviente supo señalarme el rastro por donde podía encontrar la hermosa res que se me